

ENGAÑOSA BÚSQUEDA DE AUTENTICIDAD

Carlos Molina Jiménez¹

Desde sus inicios –quizá fechables en la cuarta década del siglo XIX- la filosofía latinoamericanista ha pretendido la autenticidad. Es decir, producir un pensamiento que exprese y universalice nuestra identidad; de tal modo que transformemos lo que somos en *proyecto* para nosotros mismos y en *propuesta* inteligible y sugestiva para otros pueblos. Pero existe una recurrente contradicción entre ese objetivo y las corrientes teóricas que han preponderado históricamente en América Latina, desde las que se han llevado a cabo los principales intentos de implementarlo.

Porque, ¿cuáles han sido las concepciones filosóficas que han conocido en diferentes etapas de nuestra historia un impacto prolongado y profundo, aquellas que han marcado épocas enteras de nuestro devenir cultural y en cuyos términos hemos construido importantes interpretaciones de nosotros mismos?

Si dejamos de lado la escolástica española, que dominó durante la Colonia, se trata de la Ilustración, el positivismo, el marxismo y, actualmente, según pareciera, la Postmodernidad. Todas ellas tienen en común –incluso la escolástica española- el ser, por decirlo así, corrientes de *desembocadura*; esto es, representan la fase tardía de un movimiento intelectual, el desenlace o conclusión de una aventura del pensamiento, la etapa de complementación de cierto programa filosófico. Son, así, posiciones que se instalan en una forma ya planteada de concebir la realidad y finalizan el cuadro, mediante la fijación canónica de sus contenidos, la particularización y popularización de sus propuestas y la extracción de las correspondientes consecuencias prácticas.

En oposición a estas corrientes podemos señalar otras que cabría llamar *prístinas* o *matinales*, pues en vez de situarse en la desembocadura del proceso se ubican en sus nacientes. Es decir, en esos puntos de ruptura donde se ponen los cimientos de las nuevas concepciones, mediante la renovación de premisas, el alumbramiento de perspectivas sorprendentes y la apertura de vías metodológicas hasta entonces insospechadas. Lo que se da aquí no es la obra terminada, sino el núcleo creador, susceptible de múltiples desarrollos.

Es el caso, por ejemplo, del racionalismo leibniziano o spinozista, del empirismo baconiano o humeano, del idealismo alemán, del pensamiento nietzscheano o del estructuralismo francés, para citar sólo aquellos movimientos que se encuentran genéticamente ligados a las corrientes de desembocadura antes mencionadas.

Pero, ¿qué suele suceder en América Latina con dichas posiciones prístinas? Por lo general no llegan a despertar verdadero interés y a tener suficiente repercusión social; no pasan de ser curiosidades académicas, restringidas a pequeños círculos de estudiosos desvinculados de los debates de actualidad y la práctica política.

Resulta así que nos imponemos la tarea de formular nuestra particular verdad; pero nos comportamos de manera incongruente con dicho propósito. Efectivamente, en vez de acudir a las fábricas del pensamiento antes aludidas, donde podríamos hallar insumos básicos, elementos polivalentes, partes semielaboradas, acudimos a donde encontramos el producto final con todos sus acabados.

¹ Ponencia presentada en el VII Congreso internacional de estudios latinoamericanos, “América Latina en el nuevo siglo”, Heredia: Universidad Nacional, 9 – 12 noviembre, 2004.

Es como si necesitáramos abono y semillas y los fuésemos a conseguir en una fábrica de conservas. Por eso hemos sido ilustrados sin cultura letrada; positivistas sin ciencia ni industria; marxistas sin proletariado; postmodernos sin modernidad.

Aún antes de que el pensamiento latinoamericanista empezara a perfilarse, desde la época de la independencia, hace casi doscientos años, estamos buscándonos a nosotros mismos, pero en términos de la moda intelectual europea de cada momento; de modo que, a través de todas estas insistentes tentativas, más bien demostramos la supeditación que queremos negar.

Ahora bien, si tal es el caso, importa saber entonces cuáles han sido los patrones de selección que históricamente han operado en nuestra criba de los influjos filosóficos. Pienso que cabe colegir esos patrones del somero examen, ya efectuado, de los rasgos comunes a las corrientes que en verdad han dejado huella en América Latina.

¿Qué conclusión preliminar arroja ese análisis? Me parece que puede resumirse así: en América Latina existe una marcada predilección –que hasta el momento actual parece ineluctable– por los recetarios ideológicos antes que por el pensamiento problematizador. Hemos buscado siempre respuestas, más que instrumentos para gestar y tramitar interrogantes; solemos preferir las propuestas ya estructuradas y equipadas (el equivalente conceptual de las sopas *Maggie*), en vez de las propuestas críticas que abren espacios inéditos y desafían nuestra creatividad.

Estamos más interesados en encontrar conceptualizaciones que nos sirvan para expresar, defender y sistematizar creencias, que en examinar y cuestionar esas creencias. Pero tal afán por los catecismos, por los manuales de instrucciones, resulta obviamente discordante con nuestros propósitos declarados de alcanzar la autenticidad filosófica, la cual revelaría al fin nuestra mismidad cultural y las posibilidades a ella inherentes.

Y más aún, ese compromiso con idearios terminales, listos para la aplicación inmediata, condena a nuestros intelectuales a dedicarse a la prédica, y a relegar su función pensante.

Esta discordancia nos lleva, a mi juicio, directamente al corazón del problema. Evidencia que existe una fractura entre nuestras necesidades y opciones efectivas, por un lado, y nuestras pretensiones, por otro. Estas últimas derivan –aunque se vistan de búsqueda de autenticidad– de la veneración a los modelos que pretendemos alcanzar. ¡Queremos ser como ellos pero distintos! Algo así como imitaciones originales. Adviértase el retorcimiento de semejantes fórmulas.

Pero, tras estos equívocos propósitos, de lo que estamos en realidad ávidos es de articularnos al pensamiento recién generado en los grandes centros occidentales de producción de ideas. Y nuestras búsquedas de autenticidad suelen reducirse a recodificaciones en la fraseología de moda de nuestras obsesiones más persistentes.

Así, si las pretensiones delatan nuestras contradictorias fantasías identitarias, nuestras efectivas actuaciones y los resultados obtenidos muestran nuestra realidad: somos peones en el proceso de producción intelectual y, querámoslo o no, nos comportamos en definitiva como tales.

Planteadas de este modo, la cuestión no se puede solventar apelando a la genialidad individual, ni tampoco es asunto de orientación filosófica. Deviene, en cambio, un asunto de adquisición colectiva de capacidades. No se resuelve pretendiendo ser esto en vez de aquello; se resuelve conquistando niveles cualitativamente superiores en nuestro desempeño discursivo. La solución no se halla en el nivel de las formulaciones conceptuales. Tiene que ver, más bien, con el alcance y penetración del sistema educativo,

con el rigor de la actividad académica, con las formas de reclutamiento y retención del personal pensante, con el reconocimiento social brindado a la función teórica, con las posibilidades de dotar de efecto acumulativo y continuidad a largo plazo a nuestros esfuerzos intelectuales.